

aquel francés que había venido á ennegrecer su vida. Le costó gran esfuerzo llegar á esta resolución; pero poseía un alma capaz de grandes sacrificios y nobles hechos.

Trataría de hacer las paces con Valeria. Trataría de ser su amiga. Seguramente, si ganaba alguna influencia sobre la madre, esta influencia, con el tiempo, se extendería al hijo; y Bibiana se permitió un día de ensueño.

Vea á Osvaldo un hombre noble y de talento, un leal y verdadero Neslie, amante de su nombre y abuelo como ella misma.

Un sueño que jamás debía ver realizado; pues habían amanecido crueles días para Lancewood.

Y la primera muestra de su desengaño no tardó en presentarsele.

—Miss Neslie,—dijo Juana, la camarera de la joven, una noche;—dos criados se van hoy. Uno de ellos es Marta, al camarera que trajo la difunta lady Neslie, miss, cuando se casó.

—¿Por qué se van?—preguntó Bibiana, temiéndole la respuesta.

—Porque han hecho algo que ha desplazado al caballero francés, y milady ha dicho que se vayan hoy mismo.

—¿Qué han hecho?—volvió á preguntar miss Neslie.

—Hablaban, y dijeron algo sobre monsieur que disgustó á éste. Marta desea que interceda usted por ella, miss Neslie.

—Sería completamente inútil, Juana..... peor aún.

—Esto es una vergüenza!—exclamó la indignada camarera.—Usted debiera ser el ama aquí. Puedo decirle á milady una cosa... á menos que no se haga algo... no le quedará ningún criado respetable.

—Silencio, Juana: Recuerde usted que está hablando de Lancewood.

—Sí,—fué la viva réplica,—de Lancewood como es, no como era, miss Neslie.

Y Bibiana nada tuvo que oponer.

Los dos criados salieron de la casa aquel mismo día, y los que quedaban no escusaron sus diatribas contra milady y "monsieur."

Transcurrió otra penosa semana. El verano estaba en toda su belleza; pero, por la primera vez en su vida, Bibiana aparecía indiferente á todos sus encantos. Las blancas azucenas estaban en flor, las soberbias rosas se ostentaban cubiertas de rocío, las pasionarias brillaban á la luz del sol, abejas y mariposas zumbaban alegremente á los ardientes rayos del sol, los sombreados bosques estaban alfombrados de florecillas silvestres; pero ni paz, ni sentimiento de belleza penetraba en el corazón de Bibiana.

Resolvió hablarle inmediatamente á Valeria, tratar de persuadirla á que variase de conducta. Fuése á ella, una mañana que la vió en el jardín de rosas, no escoltada por M. de Nouchet.

—Valeria,—dijo gentilmente,—hace días que deseo hablar con usted. Quería preguntarle quién es M. de Nouchet y qué puesto ocupa en esta casa.

—Pues es el ayo de sir Osvaldo,—con malicioso destello en sus ojos.

—Pues, si es el ayo, ¿por qué le trata usted como un huésped distinguido? ¿Por qué come y habla confidencialmente con él? ¿Ignora usted que la gente se ocupa ya de eso?

—¿De veras? Pues me tiene completamente sin cuidado,—dijo milady.

—Pero á mí no,—replicó Bibiana vivamente.

—Tengo en consideración el honor de la casa.

—Pues la casa que cuida de sí misma,—dijo Valeria.

—Dice usted que es el ayo de su hijo, y le trata usted como si fuese el dueño de la casa...

de hecho lo es realmente.

—¿Todo eso ha descubierto usted?—preguntó milady riendo.

—Siento decirle á usted,—replicó Bibiana, tratando de hablar con calma,—que hasta los mismos criados hacen toda suerte de comentarios acerca de su conducta, y algunos de ellos son bastante desfavorables.

—Bien, Bibiana. Por lo general soy de buen carácter; pero si oyere la menor insinuación sobre esto, el insolente iría á la calle sin contemplaciones.

—Pero no puede usted hacer lo mismo con los vecinos y conocidos... no puede usted hacer lo mismo con el distrito entero. Y le aseguro que todos se ocupan de usted.

El rostro de lady Neslie enrojeció, y pareció inquieta unos momentos; después dijo:

—Me es indiferente, Bibiana. En verdad, como tienen la amabilidad de ocuparse de mí, yo, á mi vez, les daré algo que sea digno de mención. Y por lo que á usted respecta, la diré lo que le he dicho antes... si en Lancewood hay algo que no le plazca, buena tonta será permaneciendo en él.

Era inútil insistir. Pasó otra semana, y entonces milady anunció su intención de dar una serie de comidas.

—Bibiana,—dijo,—usted que conoce las señas de nuestros amigos, ¿quiere usted redactar las invitaciones?

—¿Y con qué objeto quiere usted dar esas comidas, Valeria?

—Porque quiero que nuestros amigos conozcan á monsieur Nouchet.

Bibiana la miró con asombro.

—Mi querida Valeria,—dijo,—ó es usted extrañamente ignorante ó muy ciega. ¿Sabe usted lo que va á hacer? Un ayo siempre se supone que es una persona decente, pero equivoca usted las posiciones completamente cuando habla usted de dar comidas para presentarle en sociedad. Perdóneme usted que la diga que el lugar de un ayo está en la sala de estudio ó en la librería.

—Sir Arturo solía invitar á Mr. Norman á comer con nosotros,—replicó Valeria con aire de reto.

—Solamente en un concepto... y no con frecuencia. Se convencerá usted de que el pueblo inglés gusta de guardar las distancias de clase á clase.

—Monsieur de Nouchet es pariente mío,—dijo Valeria.

—Pues preséntele usted como pariente suyo... todo, antes que colocarse en una situación difícil. No tardará usted mucho en tocar por sus manos la verdad de lo que le digo, Valeria. Tan seguro como el destino, las gentes la mirarán á usted con prevención.

—Pueden mirarme como les plazca; soy dueña de mis acciones.

—Conténtese usted con eso, y no trate de hacer que M. de Nouchet parezca el amo... esto está mal. Créame usted, Valeria, vendrá día en que se someterá usted al fallo público si no se somete ahora... nadie puede desafiarlo.

Pero, á pesar de cuanto Bibiana pudiera decir, milady cumplió su propósito; dió algunas magníficas comidas. Miss Neslie consiguió algo, sin embargo: que fuese más reservada en público. Sir Enrique Lane declaró que no creía que hubiese mucha gravedad en la materia; si milady tenía gusto en nombrar ayo de su hijo á un pariente, nadie podía disputarle este derecho, y creía que tampoco era digna de censura por demostrarle su atención; y esta opinión del respetable baronet influyó mucho entre los demás. Quizás también M. de Nouchet viese algún peligro lejano, pues abandonó sus familiares maneras y no pidió durante la comida vinos extraordinarios, por lo cual las comidas de lady Neslie no fueron un fracaso.

CAPITULO IV

Envalentonada por el éxito, determinó Valeria dar un gran baile; un baile que dejase memoria en el distrito. En uno de sus momentos de buen humor, rogó á Mr. Norman que asistiese é indicó su esperanza de que Bibiana no faltase. Aflijóse un poco al encontrarse con que muchas invitaciones habían sido declinadas. Aceptaron todos los solteros, las señoras de edad y las solteronas; pero notó que las señoras que tenían hijas casaderas, se excusaron.

—Tendremos escasez de muchachas,—dijo,—Bibiana, debe usted aparecer doblemente hermosa, para que no las echen de menos.

Lady Smeaton quería excusarse, pero Bibiana le suplicó que asistiese. El baile fué señalado para uno de los últimos días de Agosto.

Ciertamente jamás había aparecido Lancewood más hermoso, con su profusión de flores de todo matiz, con su rica fragancia, su placentero murmullo de fuentes, su soberbio decorado. Lady Neslie estaba radiante, luciendo un vestido de magnífico brocado. Ostentaba un riquísimo aderezo de brillantes, en la cabeza una soberbia diadema, y su rostro brillaba con deleite.

Bibiana, alta, majestuosa, con larga falda de terciopelo negro y azuleas en el cabello, parecía una reina. No podía haber ni había comparación entre aquellas dos mujeres: entre la inconstancia y la ligereza de la una y la elevación y nobleza de la otra.

Por lo que respecta á luces, flores, música y decorado, el baile de lady Neslie fué un éxito;

pero mirando en torno suyo, Bibiana notó la ausencia de tantos rostros conocidos. Abundaban los personajes de segunda fila.

El baile produjo más daño del que hubiera podido imaginarse. Las luces, la música, la excitación, deslumbraron hasta cierto punto á lady Neslie. Se olvidó en cierto modo de la prudencia últimamente adoptada; pareció olvidar que en el mundo hubiese más persona que Enrique de Nouchet. Abrió el baile con él, con intensa admiración de la concurrencia. Apenas si bailó algún número con otro que no fuera él. Mariposeó horrorosamente con el ayo, y se eternizaron en los frescos invernaderos y en el hueco de los salones. Milady descuidó á sus huéspedes para dedicarse por completo á su pariente. El la acompañó á la mesa para la cena, se sentó á su lado y la monopolizó por completo.

—Debe tener intención de casarse con él,—dijo Mrs. Jarham, una antigua amiga de sir Arturo;—á no ser así, no se conduciría de esa manera.

Los comentarios eran muchos y picantes; los invitados se pusieron vivamente de parte de Bibiana.

Lady Neslie se casará con el francés,—decíanse los unos á los otros;—es muy doloroso para miss Neslie.

Bibiana había visto y notado la extraña conducta de Valeria; el hecho de que pudiera casarse con el ayo no le había pasado por la imaginación. Creía que Valeria quería demostrar públicamente cuán poco caso hacía de la opinión. El baile no fué un brillante éxito; los invitados no permanecieron hasta muy tarde; todos tenían ganas de marcharse para discutir la conducta de la huésped. El veredicto unánime fué que lady Neslie debía quedar en entredicho. La sociedad no la reconocería á menos que el caballero francés no saliese de Lancewood; entonces, el veredicto sería considerado de nuevo.

Si lady Neslie se percató de esto, no dió señal ninguna que lo manifestase. Diez días después, envió invitaciones para un nuevo baile. Repartió sobre ciento cincuenta; más de ciento fueron rehusadas. Afectó la mayor sorpresa, pero tomó las cosas fríamente.

—Será mejor aplazar el baile,—dijo;—parece ser que todo el mundo está ocupado.

Y el baile fué aplazado.

Lady Smeaton fué la única que no puso la ocupación como pretexto. Escribió sencillamente á lady Neslie:

"De acuerdo con la mayoría, desapruébo los procedimientos del último baile, y no iré ni permitiré que mis hijos vayan á Lancewood. Será para mí siempre un deleite el ver á miss Neslie, pero no en su casa, sino en la mía."

Lady Neslie enseñó la escuela á Bibiana.

—A esto le llamo yo una insolencia,—dijo—Lady Smeaton está... loca, por no decir algo peor.

—Muchas personas comparten la opinión de lady Smeaton, aun cuando no la expresen,—contestó Bibiana.—La previne á usted, Valeria. Bien

pronto encontrará usted cerradas todas las casas respetables de la comarca.

—¡Bah!—exclamó milady.—¡No me moriré por eso!

Algún tiempo después fué á una comida á la que envió invitaciones, y acudieron pocos comensales. Clamó contra los prejuicios ingleses. Declaró que si sus vecinos no querían visitarla enviaría á Francia á buscar á sus amigos.

Hubo momentos en que Bibiana tuvo tentaciones de marcharse. La única cosa que podía retenerle allí era la memoria de las palabras de su padre, que había dejado el honor de la casa entre sus manos; á no ser por esto, hacía mucho tiempo que hubiese dejado aquel teatro de humillación y miseria.

Le era preciso resistir sola la tempestad. Le era preciso quedarse en la brecha defendiendo el honor de la casa. Pues días difíciles habían amanecido para Lancewood; días difíciles para la hermosa mansión donde tantos héroes habían vivido y muerto, donde tantas puras y nobles mujeres habían pasado casi su santa vida; días difíciles para la grande y antigua casa, donde jamás la vergüenza se había albergado. Ella permanecía como guardián de la plaza, tratando de hacer y haciendo cuanto le era posible; pero desfallecido su corazón ante el mal que no podía remediar.

Las simpatías de toda la comarca estaban con ella. Había pocas casas en que la imprudente conducta de lady Neslie no fuese censurada. Pero todo era igual para milady. Se reía del qué dirán. La gente volvería á sus sentidos con el tiempo y ella haría lo que la plugiese. Cabalgaba con M. de Nonchet, insista en que se le tratase como al mejor, desatendía todo consejo; vestía, cantaba, reía, bailaba, flirtaba y se daba todos los gustos: entretanto no se había vuelto á hablar de las lecciones de Osvaldo, y Gerardo Norman las tomó á su cargo sin decir nada.

Así pasaron los desazonados meses, y Bibiana vió que todos los antiguos amigos de su padre se habían ido retirando de Lancewood; pero la deserción no alcanzó á Bibiana. Esta seguía siendo invitada á las mejores casas. El nombre de lady Neslie se omitía con significativo silencio. Nadie la visitaba, nadie la invitaba. Sus invitaciones eran invariablemente declinadas. Entonces adoptó aires de reto. Desafió el desdén de sus vecinos; y se la veía con mayor frecuencia en compañía de Enrique de Nonchet.

—¿Por qué no se casa con él?—se preguntaban las gentes.

La pregunta hubiera podido ser contestada por milady solamente.

Pasaba el tiempo, y al aproximarse el invierno Valeria empezó á aburrirse en Lancewood. Mientras había tenido buen número de huéspedes, mientras había estado distraída con bailes, comidas y fiestas, el tiempo se había deslizado bastante bien. Ahora se aburría; no sabía en qué entretenerse.

—Bibiana,—dijo un día,—¿cree usted que esa absurda gente persistirá en rehusar mi sociedad?

—Sí, persistirá mientras usted ponga en olvido los deberes sociales,—contestó la joven.

—Ah, bueno... pues continuaremos así! Me considero en una posición en que puedo seguir la línea de conducta que estime más conveniente.

—Nadie puede hacer eso... ni aun una reina en su trono,—observó miss Neslie.

—Pues yo haré lo que le está privado á una reina. Lo que quiere decir era que, si esos inmaculados vecinos no quieren visitarme, invitaré á algunos amigos míos... gentes que conozco en Francia de hace años.

—¡Dios tenga piedad de Lancewood entonces!—pensó Bibiana, pero no hizo réplica alguna.

—Pues sí... tengo amigos, gente alegre y de buen carácter, que no lo sujeta todo á reglas como los ingleses. Les invitaré á pasar una buena temporada aquí.

Realmente se preparaban tristes días para la mansión de los Neslie.

Apenas transcurrido un mes, Lancewood estaba lleno de huéspedes; pero de una especie desconocida hasta entonces allí: damas que reían á carcajadas, caballeros de baja estofa que imitaban las maneras distinguidas. Era chusco en aquellos degenerados días, ver una cabalgata saliendo del anchuroso patio, hollado en otros tiempos por regios pies. No es de admirar que el vecindario en pleno hablase de las extrañas cosas que ocurrían en Lancewood.

Quizás, realmente, no hubiese nada que decir acerca de la moralidad de los que se cobijaban bajo aquel techo; pero una nube se cernía sobre la mansión solariega; las señoras se encogían de hombros cuando se mencionaba el asunto.

Pero el veredicto de la sociedad no impedía que allí se divirtiese la gente. Sus moradores bailaban, representaban charadas, hacían comedias. Veces había en que Bibiana, oyendo aquellas carcajadas y picantes diálogos, se creía á punto de perder la razón. La vida de Lancewood parecía entonces como una sucesión de orgías. Se admiraba de que las paredes no se desplomasen en señal de protesta.

—Bibiana,—le dijo un día lady Smeaton, en que la joven había ido á visitarla.—Insisto en que venga usted á vivir conmigo; espero unos cuantos amigos y se distraerá usted un poco.

—¿Cómo puedo dejar Lancewood?—preguntó ella tristemente.

—Creo que aquella gente no le pegará fuego á la casa... aun cuando parece que hacen de todo,—dijo lady Smeaton.—Está usted pálida y enferma; permítase usted un cambio. Estará usted más fuerte para la lucha cuando vuelva.

Y Bibiana se dejó convencer; la idea de descanso, aun por breves días, era muy dulce para ella; un paréntesis en aquella vida de miseria.

CAPITULO V

Así, pues, miss Neslie aceptó la invitación, y una de las primeras personas que encontró en Park fué al joven lord St. Just, cuya familia y él mismo habían sido grandes amigos de Lancewood. Milord volvía de una expedición á Egipto,

y tuvo verdadera alegría al encontrarse con Bibiana.

—Estaba decidido á verla á usted, miss Neslie,—dijo quietamente,—aun cuando tuviese que registrar toda Inglaterra. La esperanza de encontrarla me hizo venir á las proximidades de Lancewood. Hubiese vuelto á Inglaterra inmediatamente; pero tenía hechos todos los preparativos para una excursión al Rhin seguida de una expedición á Egipto. A ser yo el solo interesado en estos planes, los hubiese abandonado sin pensar; pero había otros y podía perjudicarlos.

—Hizo usted muy bien en seguirles,—observó Bibiana.

—No se enfade usted conmigo, miss Neslie, si digo que me llevó la memoria de su voz y de su faz.

Bibiana no se enfadó. En su corazón palpitaba levemente una nueva deliciosa sensación; algo semejante al ritmo de una hermosa melodía; algo que hacía vibrar cada nervio y sonrojaba su faz con dulce, extraña felicidad.

—Se reirá usted si la dijese,—continuó lord St. Just,—cómo me ha perseguido la memoria de su rostro. En las riberas del Nilo, bajo la sombra de la gran pirámide, cabe las esbeltas palmeras, pensaba en usted, y al llegar á Inglaterra, lo primero que he hecho ha sido buscarla á usted.

La joven volvióse á él con luminosa sonrisa.

—¿Y cómo ha dado usted tan pronto conmigo?

—¿Quién no conoce á miss Neslie, la heredera de Lancewood?

Una sombra veló el semblante de la joven y se acentuó en sus ojos.

—Ya no soy la heredera de Lancewood,—dijo.

—Lo sé... he oído hablar de ello. No pudo usted figurarse con cuánta frecuencia me he preguntado lo que podía apenarla; ahora ya sé que lamenta usted la pérdida de Lancewood.

Era á mediados de Agosto y Bibiana hacía ya algunos días que estaba en Smeaton Park. Habían sido unos días muy felices, á pesar de los cuidados que tanto pesaban en su corazón. Lord St. Just experimentó gran placer al verla y bien pronto unió á los dos jóvenes una sólida y encara amistad. Lady Smeaton, que hubiese dado cualquier cosa por ver casada á Bibiana, se arreglaba para que estuviesen juntos cuanto era posible. Sentía vivo placer observando que lord St. Just admiraba decididamente á su joven amiga. Hizo á sus hijas una delicada advertencia sobre el caso, y Bibiana ni siquiera se percató de las muchas horas que pasaba con su nuevo amigo.

Una tardecita estaban en el parque; habían paseado un gran rato, y se detuvieron en un ribazo que limitaba las tierras de labor. El sol hacía brillar las espigas doradas, los setos estaban cubiertos de follaje, la brisa parecía respirar amor, esperanza y felicidad, y más abajo se perdía el vasto y ondulado parque.

Bibiana sentóse en una de las piedras cubiertas de musgo y echó una mirada en torno suyo.

—Esto es seguramente más bello que cualquier paisaje de Francia ó Italia,—dijo.—¿Ha

visto usted algo en Egipto que se parezca á esto, lord St. Just?

—No,—contestó éste.—Prefiero los paisajes ingleses, como prefiero los rostros ingleses. Pero, miss Neslie, permítame usted... pero es de usted de quien quisiera yo hablar... ¿no se enfadará usted? Al contemplar, pienso así como el hubiese usted sufrido mucho. Esa sombra de tristeza que oscurece su rostro, es preciso que desaparezca. Dígame usted: ¿es realmente la pérdida de Lancewood lo que la aflige tanto?

Bibiana levantó sus negros ojos y le miró con franqueza.

—Se lo diré á usted,—dijo,—porque creo que usted me comprenderá. Pocos saben mi pena... el mundo equivoca su origen; lo atribuyen á la pérdida de fortuna y posición. Y no es eso. Si yo hubiese perdido Lancewood ganando en cambio tres veces su valor, esto me tendría sin cuidado. Estaba orgullosa de mi casa; la amaba como otros á un amigo; lo era todo para mí. No he soñado más destino en mi vida que el que el de cuidar de la casa solariega; he sido educada y puesta en condiciones para el objeto. Si... ¡oh, créame usted, lord St. Just!... si hubiese pasado de mis manos á las de una persona buena, noble, leal, justa, una que hubiese amado la casa, mi placer sería sincero; no deseo tanto la propiedad de Lancewood como el que hubiese caído en manos dignas. ¿Me comprende usted?

—Sí,—replicó él,—la comprendo á usted perfectamente. De la misma manera amo yo mi casa solariega. "Refugio Real." Antes quisiera verla quemada que en manos indignas.

Bibiana le miró con expresión de interés en sus ojos.

—Refugio Real!—dijo.—¿Qué nombre más particular!

—Y bastante apropiado,—replicó milord.—Habrá usted oído hablar de los bosques de Hertwell, en Devonshire... un famoso apostadero de caza de los antiguos soberanos. Uno de éstos construyó un magnífico palacio junto á los bosques, y allí se refugiaba con su séquito, los días en que no se podía cazar. Años después fué comprado por el fundador de nuestra familia, y se nos conoce por los St. Just del Refugio Real. Es un castillo con honores de palacio y quizás una de las mansiones más hermosa de Inglaterra.

—Tendría placer en visitarlo,—declaró Bibiana.

—Espero que así será algún día. Le gustará á usted.

—¿Como á usted Lancewood?—preguntó Bibiana.

—Sí... es decir, he divisado las torres y torrecillas de la casa á través de los árboles. Miss Neslie, ¿me da usted permiso para que hable como un amigo... como un antiguo amigo? Trate usted de imaginar de que nos conocemos de años... que somos sinceros y leales amigos.

—Me es fácil imaginarlo; con usted la cosa no es difícil,—dijo ella soñadoramente.

—Entonces, hablaré. He oído referir desagra-

dables historias acerca de Lancewood..... ¿es cierto?

—Le diré á usted lo que hay de verdad.

Y le contó exactamente lo que ocurría, que la casa estaba llena de extranjeros, gentes que su padre no hubiera admitido.

—¿Y no puede usted hacer nada para poner fin á tal estado de cosas?—preguntó él.

—No; mi intervención empeora la situación; éste es el pesar de mi vida,—contestó Bibiana;—el pesar que quita el contento á mis días y el sueño á mis noches... el pesar que se cierne sobre mí y me priva de toda esperanza. Ver degradada la mansión que he amado tanto, imaginar el vergonzoso futuro de una raza que jamás ha conocido el deshonor... esto me produce una pena que no tiene cura.

—Lo deploro intensamente por usted,—dijo milord con dulzura.

—Nadie sabe cuánto sufro,—continuó Bibiana.—Si pudiese salvar á Lancewood sacrificando mi vida, lo haría sin vacilar. Lo haría todo para verlo como en vida de mi padre.

—Pero ¿qué son esos amigos de lady Neslie?—preguntó lord St. Just.

—No lo sé... hay dos ó tres militares... éstos juegan al billar y beben cognac todo el día. Las señoras... bueno, no se parecen á las demás que yo he conocido; regañan á cada momento, y sólo en una cosa parecen unidas... en ayudar á lady Neslie.

—Y ¿por qué no se marcha usted?—preguntó milord.—Ese espectáculo ha de ser muy desagradable para usted.

—Mucho,—replicó ella,—pero no puedo marcharme, lord St. Just, porque mi padre dejó confiado en mis manos el honor de la casa.

Y entonces le refirió la cláusula expresa escrita en el testamento.

—Pues, para que su padre de usted estampase semejante cláusula, es preciso que abrigase fuertes dudas acerca de su esposa,—observó lord St. Just.

—Así lo he imaginado muchas veces, pero era demasiado caballero para demostrarlas. Estoy como encadenada á una roca; quisiera huir, pero el deber me retiene en mi puesto.

—Y el niño que ha de ser dueño de Lancewood, ¿qué tal es? ¿Tiene mucha edad?

—Va á cumplir los seis años... inteligente, pero falto de sinceridad. Disciplina, una buena educación y mucha severidad le hubiesen preparado para ser un noble Neslie; como se le educa, su ruina es segura. Su madre cree talento su mala inclinación. ¡Dios se apiade de Lancewood el día en que caiga en sus manos!

—Es una triste historia,—dijo lord St. Just, pensativo;—la ruina de más de una antigua casa se debe muchas veces á un imprudente enlace. Quisiera poderla ayudar á usted de algún modo, miss Neslie.

Ella levantó á él su hermosos ojos y milord quedó impresionado ante aquella expresión resignada.

—No veo modo alguno en que pueda ser ayudada; mi única esperanza estriba en la paciencia.

—Pero,—dijo él gravemente,—usted seguramente no tendrá la intención de pasar su vida entera en una casa y con una sociedad que forzosamente le han de ser odiosas?

—Debo obedecer á mi padre. Me manda que permanezca en Lancewood hasta la mayor edad de Osvaldo. Dios sabe lo que sería de esa casa si yo saliese de ella.

—Pero usted puede casarse, miss Neslie,—dijo milord con ligero sonrojo.

—No,—contestó ella gravemente.—Jamás me casaré... no puedo; no puedo salir de Lancewood... ni casarme tampoco por esto. No lo he pensado nunca.

—¿Cómo es eso?—preguntó lord St. Just, entretenido por su sencillez.

—Antes de morir mi padre, todo mi amor y todos mis pensamientos eran para él y para Lancewood. Desde su muerte no he hecho más que pensar en esto.

—Comprendo. No tiene usted tiempo para pensar en nada más.

—No... no he tenido tiempo ni inclinación. Pero, lord St. Just, la sombra de los árboles cae sobre nosotros... el sol se está poniendo... es hora de que volvamos.

Se encaminaron á través del parque. Hollaron bajo sus pies las florecillas silvestres; se detuvieron á escuchar el suave canto de los pajarillos; hablaron de la puesta de sol y de las distantes montañas, de las doradas nieves; admiraron las pintorescas perspectivas; con frecuencia dieron forma á los mismos pensamientos; sin embargo, cuando Adrián St. Just se juró á sí mismo que conquistaría á aquella hermosa doncella y la haría su esposa, Bibiana no soñó siquiera que estaba enamorada.

Lord St. Just no ocultaba sus sentimientos; se convirtió en la sombra de Bibiana; todo el mundo comprendió que la joven se había percatado de aquel amor. Prometió pasar tres semanas en Smeaton Park, y atribuyó á la paz que disfrutaba aquella nueva, vaga, deliciosa felicidad que la embargaba.

Jamás había sido egoísta; había pensado tanto en Lancewood, en su padre, en sus antecesores, que jamás había dejado volar su mente hacia juveniles sueños de romance y sentimiento. Otra joven hubiese comprendido lo que aquel nuevo sentimiento significaba; pero ella no. Encontró á Adrián St. Just muy bueno, muy inteligente; la deleitaba poseer un tan sincero amigo; comprendía que la complacía estar á su lado, oír su voz, contemplar su rostro; pero no conocía aún que le amaba.

CAPITULO VI

Bibiana estaba ahora en la fase más dulce de su historia de amor. La vida era del todo diferente; el mundo mil veces más bello. Se admiraba de encontrar más dorada la luz del sol, más brillante el matiz de las flores. ¿Qué causaba aquella nueva y hermosa luz que lo bañaba todo? ¿Qué era aquella música elevándose siempre de

su corazón á sus labios? ¿Por qué el mundo parecía lleno de dulce y extraña melodía? Se hizo más hermosa; la altiva expresión de su semblante había dejado su puesto á otra de ternura, la luz de sus ojos era más suave y más dulce, los hechiceros labios sonreían con más frecuencia.

¿Era éste el mismo temible mundo que no había mucho le parecía todo pesar, todo obscuridad? No que su cuidado fuese menor, sino que esta hermosa luz parecía absorberlo. Los Neslie no hacían nada á medias; cuando amaban lo hacían bien y profundamente: Bibiana había comenzado á amar inconscientemente, y cuando despertó al pleno y completo conocimiento del hecho, era ya muy tarde para cambio alguno.

Fueron tres semanas de amor, de poesía y de romance. No era posible encontrar más agradable compañero que lord St. Just. Había viajado, estudiado, leído y meditado. Había resuelto desde muy temprano en la vida que, aun cuando la fortuna le hubiese favorecido con sus dones, dinero, fincas, un noble título, no llevaría una existencia estéril. No la pasaría en frívolos é insensatos pasatiempos. No la gastaría en disipaciones y locuras. Cultivó su inteligencia con la lectura de buenos libros, con el trato de personas instruidas, y su gusto por el arte á fuerza de ver y comparar. Una cosa no había hecho nunca, permitirse el menor ocioso galanteo que con tanta frecuencia conduce á la ruina y á la vergüenza. Poseía entero su corazón y libre su fantasía. Tenía ferviente adoración por el bello sexo, pero no por ninguna mujer en particular. Jamás había hecho el amor, ni fingido amor, ni jamás se había creído enamorado. La primera vez que sintió algo en su corazón fué al conocer á Bibiana. Llevó consigo la memoria del hermoso y apasionado rostro, y esta memoria le era más cara que toda presencia de cualquier otra mujer. Pensó tanto en ella que por fin se convirtió en el ideal de su vida.

Resolvió encontrarla tan pronto como regresase á Inglaterra. No le sería difícil descubrir el paradero de la heredera de Lancewood. Ciertamente podía encontrarla casada; quizás muerta; pero si vivía y era soltera, entonces no cesaría hasta hacerla su esposa.

Recordó que la había conocido en casa de lady Smeaton. No tuvo mucha dificultad para hacer la amistad de aquella bondadosa dama y obtener una invitación para pasar una temporada en el Park. Allí vió á Bibiana de nuevo y oyó su penosa historia. Su amor fué en aumento á cada día que pasaba con ella, y por fin llegó un punto en que se dijo que no podría vivir si no la hacía su esposa. Tenía alguna esperanza, pero se parecía tan poco á las demás jóvenes, que le era difícil convencerse de si le amaba ó no. La joven estaba por encima de toda coquetería ó afectación sobre todo acto intencionado. Observaba que su rostro brillaba para él como para ningún otro, que su voz tomaba otro tono cuando se dirigía á él, que sus ojos adquirían una luz más profunda cuando se encontraban con los suyos; pero en su digna, noble sencillez había algo que le irponía. Bibiana parecía demasiado elevada en sus

aspiraciones; la mujer que estaba tan dispuesta á consagrar su vida al honor de su casa, con dificultad se entregaría al amor como las demás mujeres.

Era un noble amor el que él quería ofrecerle; noble en su sencillez, su integridad y su pureza; era el único amor de su vida; el primero y último. ¿Lo aceptaría ó rechazaría? Era un hombre valeroso, pero temblaba al hacerse esta pregunta. Día tras día decíase que le era necesario preguntárselo, y, sin embargo, pasaban los brillantes días sin que su dorada calma fuese interrumpida. Era tan verdaderamente feliz, que tenía miedo de interrumpir aquella felicidad. Fué rebatado de su ensueño al oír que miss Neslie volvía á Lancewood dos días más tarde; las tres semanas estipuladas iban á su fin. No podía esperar más; si él podía, Bibiana no volvería más á la mansión infeliz.

Se había concluido de comer en Smeaton Park; los huéspedes, deseando respirar el aire puro de la campiña, habían salido. Bibiana estaba contemplando la luz incierta del crepúsculo, pensando en el penoso regreso á la casa donde le esperaban tantos cuidados, cuando lord St. Just se aproximó á ella. Al mirar su hermoso y grave rostro, Bibiana comprendió lo que iba á ocurrir.

—Miss Neslie,—dijo él,—tengo algo que decirle á usted. ¿Quiere usted que nos apartemos algo de estos grupos? Vayamos hacia los rosales.

Sin otra palabra, Bibiana puso su mano sobre el brazo de milord.

—Deseo hablarla á usted á solas,—continuó milord.—Siéntese usted aquí, entre estas rosas, y le diré.

Ella se sentó y él se arrodilló á sus pies, tomándole las manos. Después miró el hechicero rostro.

—¿Cómo le hablaré á usted?—dijo.—Arrodillado aquí á sus pies, me parece usted tan elevada sobre mí como el oscuro firmamento. ¿Cómo decirle á usted que la amo con todo mi corazón y que la ruego que sea mi esposa?

Bibiana no demostró sorpresa, ni volvió el rostro con enfado. Permaneció perfecta, pasivamente silenciosa. El continuó:

—Es todo el amor de mi vida el que quiero ofrecerle á usted, Bibiana. ¿Me permite usted que la llame Bibiana? Es el más dulce de todos los nombres dulces. Jamás he dedicado un solo pensamiento á otro. La amo á usted desde que la ví sentada sobre el césped; su bello semblante lleno de pena. La he amado á usted durante todos estos meses de viaje. La amo á usted más intensamente de lo que las palabras pueden describir. Soberana mía, ¿quiere usted aceptar mi amor?

larme el suyo en recompensa?

Ella no contestó; no había el menor movimiento en la silenciosa figura; él no podía leer en la expresión de su rostro.

—He ansiado hacerla á usted feliz. He ansiado alegrar su vida. ¡Oh amada mía, concédame usted ese poder! Deje usted que mi amor despeje las nubes que se ciernen sobre usted. No conocerá usted más cuidados, más tribulaciones, si quiere usted amarme.

—Le amo á usted,—contestó ella.—Al principio no lo comprendía. No podía decir qué extraño cambio se había operado en mi vida. Pensé que era debido á mi traslado desde aquel teatro de disipación á este pacífico hogar. Ahora comprendo que es porque le amo á usted.

La luz del crepúsculo iluminaba la noble, pálida faz. Lord St. Just la contempló con admiración; era como la pintada faz de una santa, pero no había allí nada del contento de un feliz amor.

—Siempre acariciaré ese amor,—dijo la joven gentilmente;—vivirá siempre en mi corazón... no morirá nunca.

—¡Adorada mía,—exclamó él,—cuán feliz me hace usted!

Ella extendió su mano.

—No, escucheme usted. Le amo á usted,—continuó dulcemente;—le amo á usted con todo mi corazón; pero no puedo casarme con usted.

Lord St. Just la miró con profunda sorpresa.

—¿Por qué no?—dijo.

—Porque yo no puedo salir de Lancewood. No, no intente usted persuadirme. Sé todo lo que puede usted decirme, todas las reflexiones que podría usted hacerme. Sé que muchas mujeres buscarían, en mi condición, refugio en el matrimonio y en el amor. Yo no puedo casarme porque mi padre confió en mis manos el honor de la casa y si salgo de Lancewood, me temo que el honor saldría también.

—Pero puede usted hacer tan poco, querida mía... y sufre usted tanto! Si pudiese usted remediarlo no sería yo quien tratase de prevenirlo; pero está usted completamente desamparada.

—Lo sé,—suspiró Bibiana.—Es, como usted dice, una lucha desesperada contra el mal. Sin embargo, debo resignarme. Usted piensa, lord St. Just...

Pero él la interrumpió diciendo:

—Me ha dicho usted que me ama, adorada mía... no me llame usted más lord St. Just... llámeme usted Adrián.

—¿Usted piensa, Adrián,—continuó ella sin vacilación,—que si yo diese oídos á mi amor y á usted, que si me casase y abandonase la escena de tanta infelicidad... cree usted que yo podría ser feliz?

—Lo creo... lo espero así,—afirmó él.

—No, jamás. Ahora no soy feliz, pero tengo la conciencia de que estoy cumpliendo mi deber. Si sabiese de Lancewood, sentiría que mi deber había sido abandonado y desobedecido el mandato de mi padre. El ha dejado su honor á cargo mío. Es preciso que lo guarde.

Lord St. Just empezó á encontrar que la joven estaba terriblemente seria.

—Bibiana, usted no puede intentar formalmente el sacrificio de su vida á la quimera de un deber... al mórbido pensamiento de que es necesaria su presencia para conservar el honor de su casa. Usted no puede sacrificarse y sacrificarme... dejar toda idea de felicidad por un mal entendido celo.

—Debo hacerlo,—replicó ella.

—Pero usted ha dicho que me ama, Bibiana.

—Así es. Usted es mi solo amor. Mi primero y último amor; no conoceré ningún otro. Pero no puedo casarme con usted... no me pida usted eso.

—Entonces, querida mía, ¿qué es lo que usted intenta? Usted no puede ser tan cruel que me arroje de su lado.

—No deseo ser cruel,—declaró la joven lentamente.

—¿Y tampoco querrá usted darme su promesa de ser mi esposa algún día?—preguntó lord St. Just.

—No,—contestó Bibiana;—las vicisitudes de la vida me han hecho algo fatalista. El amor brinda su propio destino con él. Si nosotros hemos de casarnos algún día, algo ocurrirá que barra los obstáculos; si no, moriré, pero moriré amándole á usted.

—Y yo,—replicó él, prefiero amarla á usted aun sin esperanzas de que sea mi esposa, á ser el esposo de una reina.

CAPITULO VII

Hubo unos momentos de silencio. La dorada luz se extinguía por occidente, la brisa cesó de agitar las carminadas hojas, y los pájaros comenzaron á enmudecer.

—Estos son términos muy duros, Bibiana,—dijo lord St. Just.—No quiere usted darme palabra de matrimonio, no quiere usted dejarme la más ligera esperanza de que un día podría llamarla mi esposa, y sin embargo, me ama usted.

—Sí... pero no puedo,—replicó ella.—Es para mí lo mismo que si permaneciese junto á la tumba de mi amor. No puedo abandonar mi puesto, sea tan infeliz como quiera... Es preciso que permanezca en Lancewood.

—¿Y mi infelicidad, Bibiana? Mi vida será un páramo sin usted.

Ella le miró con una ternura que él no olvidó jamás.

—Lamento más lo suyo que lo mío,—dijo gentilmente;—pero no insista usted en que haga lo que no es recto.

—¿Podré visitarla alguna vez en Lancewood?—preguntó lord St. Just.

—No; no me gustaría verle á usted allí.

—¿Al menos me escribirá usted... y me permitirá usted que yo le escriba, Bibiana? ¡Oh querida mía, cuán duro me parece!

—Nos escribiremos... Sus cartas de usted serán los únicos destellos de luz en las tinieblas.

—Bibiana,—exclamó lord St. Just.—¿no puede usted volver sobre su decisión? ¡Es tan cruel para mí, querida!

—No puedo,—contestó ella.

Y él vió que la pena descoloría sus labios.

—Es preciso que lo soporte como un hombre,—dijo milord,—aun cuando creo que me será difícil. Yo pensaba, cuando he conseguido que me dijese usted que me amaba, que la mayor dificultad estaba vencida. Déjeme usted hacer una cosa, adorada mía... déjeme confesar mi amor... decirle á todo el mundo cuán grande, cuán dulce corazón he conquistado.

—Todavía no,—replicó ella.—Creo que el deseo más ardiente de lady Neslie sería el que yo me casase y dejase Lancewood enteramente en sus manos. Prefiero que no sepa nada por ahora... eso no haría más que acrecentar mis dificultades.

Milord besó las suaves manos que tenía entre las suyas.

—Su voluntad de usted es ley para mí. He conseguido que usted confesase que me amaba; estaría falta de gracia y cortesía si me quejase después de esto. Bibiana, recuerde usted una cosa... es por su voluntad y deseo por lo que nuestro amor permanecerá secreto; pero no olvide usted que ya cuenta con una persona que es todo el mundo para usted. Yo estoy en el puesto de padre, hermano, amigo. Adorada mía, usted me contará sus penas y sus sinsabores; y créame usted, le será más fácil soportarlas, porque tendrá con quién compartirlas. Si llega el momento en que necesite usted de una mano amiga, con una palabra me tendrá á su lado, y yo la defenderé contra el mundo entero.

Permanecieron un rato hablando, mientras se extinguían los últimos rayos de dorada luz y comenzaban á nacer las estrellas, y luego se encaminaron hacia la casa. Bibiana se retiró inmediatamente á su habitación, pues deseaba estar sola con su felicidad. Lady Smeaton se acercó á lord St. Just.

—Espero que me traerá usted buenas noticias,—le dijo.

—Querida lady Smeaton,—replicó milord conmovido por su bondad,—no he conseguido todo lo que deseaba, pero he obtenido cierta ligera ventaja. No desespero.

Al siguiente día volvió Bibiana á Lancewood. Le causó gran pena separarse de sus amigos: sobre todo de su amante; pero, cuando el carruaje empezaba á cruzar la sonriente campiña, su corazón palpitaba con ternura al pensamiento de su amor. Dió gracias á Dios por la merced: el amor que había cambiado su vida entera; este dulce, feliz amor, que brillaba sobre su vida como la sonrisa de un ángel. ¡Oh, si plugiese á Dios tener compasión de ella, ayudarla á salvar Lancewood, y bendecir su amor!

La distancia entre Smeaton Park y Lancewood era larga. Al aproximarse á esta última posesión, pareciale á Bibiana que había inusitada animación en el parque. Oyó sonidos de música; vió ondular gallardetes; vió tiendas levantadas, y una muchedumbre moviéndose entre los árboles.

Bien pronto el carruaje se detuvo frente al vestíbulo. Nadie salió á recibirla. Los criados parecían todos fuera de su centro. Los repetidos

avisos atrajeron á un desconocido lacayo.

—¿Qué ocurre?—preguntó miss Neslie.—¿Qué pasa aquí?

—Una feria fantástica, miss,—contestó el criado.

La casa parecía abandonada. Bibiana, cruzó el anchuroso patio, la larga serie de aposentos, sin encontrar á nadie.

—¿Dónde está Mr. Norman?—preguntó al lacayo que la seguía.

—En su habitación, miss,—fué la respuesta.

—Dígale usted que venga á la librería... que he vuelto y deseo verle.

Dos minutos después, Gerardo Norman estaba delante de la mujer que amaba tanto. Al contemplar su hechicero semblante, vió allí un súbito cambio. La macilenta, cansada expresión había desaparecido; los colores suaves habían retornado; los negros ojos eran espléndidos en su profundidad y fuego. Bibiana le tendió afablemente la mano, pero Gerardo no podía hablar. Estaba absorto contemplando el rostro que lo era todo en el mundo para él.

—Parece usted sorprendido,—dijo ella con placentera sonrisa.—Me alegró de verle á usted bueno, Mr. Norman... ¿Por qué me mira usted con tanto asombro?

—La veo á usted cambiada,—contestó Gerardo.—Algo... no puedo decir qué... ha desaparecido de su fisonomía; algo... no puedo decir... ha ocupado su lugar.

Bibiana enrojeció. ¡Era tan claro aquel amor suyo... tan patente, que el mundo podía leerlo en su rostro!

—He sido muy feliz,—dijo.—La felicidad de vivir en paz y libre de cuidados. He encontrado personas muy agradables y muy buenos amigos. Pero Mr. Norman, ¿qué es lo que hacen aquí?

—Una feria fantástica,—contestó él;—el último capricho de milady. Casi siento que haya usted venido antes de su terminación. Quiero imaginar que jamás se ha reunido en Lancewood una multitud tan heterogénea.

—Una feria fantástica! Pero ¿de dónde se ha sacado eso, lady Neslie?

—No lo sé, miss Neslie. En toda la comarca no se habla de otra cosa. Debe usted haber estado muy agradablemente entretenida para no haber oído hablar de ello.

De nuevo se sonrojó al recordar cuán agradablemente había estado entretenida.

—Lady Smeaton jamás hablaba de Lancewood,—dijo,—conociendo que el tema no me era agradable. Aun cuando se supiese, nadie ha aludido al asunto.

—Todo el mundo lo sabe,—declaró Mr. Norman.—No se hubiesen hecho mayores preparativos para la mayor edad de un príncipe. Ginter, el repostero, ha enviado su gente de Londres; tenemos dos bardas famosas. La parte pintoresca del asunto excede á mis facultades descriptivas. Hay tiendas con gitanas que dicen la nueva aventura, campesinos tiroleses, montañeses suizos, contadinos italianos. Se baila, se tira al blanco; hay toda clase de diversiones.